

1

*Monasterio de Sant Benet de Bages,  
22 de octubre de 1576*

**E**stá...? —Hizo una pausa en la que oyó latir su corazón como un tambor—. ¿Está...? ¿Está muerto? —osó preguntar finalmente un acongojado novicio que había entrado en la estancia. Los rizos rojizos que todavía brincaban en su frente contrastaban con la palidez de su fisonomía, caprichosamente salpicada por un batallón de pecas.

—Sí —contestó sin tapujos el prior, que velaba al ya difunto abad.

—¿Ha...? ¿Ha sufrido mucho? —quiso saber el muchacho, aún jadeando por la carrera realizada y por la tensión del momento.

—Bastante —se lamentó el prior, y asintió enérgicamente con la cabeza—. Y eso que estaba acostumbrado

a aguantar y resistía todo tipo de embates, pero este... —Chasqueó la lengua en señal de impotencia, lanzó un suspiro y, embarullándose, empezó a dar explicaciones—: Llevaba unos días que no se encontraba bien, que si el estómago, que si la cabeza, que si el corazón, las articulaciones... Él decía que le estaba rondando un catarro, pero estoy seguro de que ya sabía que ese amodorramiento y ese cansancio eran síntomas de algo más. Últimamente se mareaba a menudo, decía que se le nublaba la vista, que primero le había dolido la tripa y que luego el dolor, acompañado de escalofríos y espasmos, se le había extendido por todo el cuerpo. Un dolor que fue aumentando y se fue intensificando a medida que iban pasando las semanas, junto con una rojez que le salió en la piel y unas erupciones que no eran nada normales. También decía que el corazón le latía a un ritmo inusualmente rápido, en forma de ataques —el prior se llevó la mano al pecho, a la altura del corazón, simulando el latido agitado que había sufrido el abad—, como si tuviera taquicardias que empezaran y terminaran bruscamente. Además, padecía alucinaciones. Hablaba dormido, tenía pesadillas, veía apariciones. Gritaba... Pedía agua constantemente y tenía la boca extremadamente seca, pastosa. Había perdido la sensibilidad, aunque creo que se daba cuenta de todo. —Reverter hizo una pausa—. ¡Dios lo tenga en su reino! —exclamó, y acto seguido se persignó.

Onofre Reverter era vicario y prior de Sant Benet, el segundo cargo en importancia de la comunidad, justo por debajo del abad, de quien debía merecer una confianza total. Y siempre la había tenido. Para ser nombrado prior

había que tener los mismos años de hábito que se requerían para ser abad, y fray Onofre Reverter contaba con ellos. El mismo abad lo había elegido, después de escuchar la opinión del consejo. La regla no establecía unas funciones específicas para el prior, solamente le exigía fidelidad para con el abad y la observancia de la regla. Reverter cumplía todos los requisitos.

Mientras mascullaba una oración afligida por el padre abad, el prior Reverter procedió a cerrarle los ojos, abiertos aún de par en par y enrojecidos de tanto frotárselos, y le cogió las manos para cruzárselas sobre el pecho. Las dispuso de tal modo que parecía que estuviera agarrando con fuerza la cruz de madera que llevaba atada en el cuello y que ahora descansaba encima del hábito.

—¿Y ahora...? —El novicio esperó a que el prior terminara el ritual y tragó saliva antes de completar su pregunta—. ¿Y ahora qué pasará con el monasterio? ¿Qué será de nosotros, prior? —quiso saber, inquieto, el joven monje. Las mejillas habían recuperado su color habitual, un rosa pálido que contrastaba con los lentigos esparcidos por sus pómulos.

—El monasterio se declarará abadía vacante y la anexión al cenobio de Montserrat será un hecho —aseguró Reverter con una frialdad impropia de aquel momento. Y sentenció—: Valladolid ya tiene lo que quería. El día menos pensado, Montserrat hará los honores.

La afirmación cayó como una losa.

—¿Qué quiere decir, padre prior? —preguntó arqueando las cejas el joven novicio.

—Pues eso, que la Congregación de la Observancia y el rey Felipe ahora tienen vía libre. Se han asegurado de quitarse de en medio el último estorbo para poder conseguir la expansión que deseaban desde hace tanto tiempo y que tanto se les ha resistido —explicó, y realizó un gesto que mostraba asco y rechazo.

—No os entiendo —contestó el joven monje encogiéndose de hombros, pues no lograba seguir el razonamiento de Onofre Reverter.

El prior lo miró y le explicó:

—Los benedictinos catalanes, con nuestro padre abad al frente y amparados por la Congregación Clausural Tarraconense, llevamos ya mucho tiempo combatiendo las cada vez más intensas injerencias de la Congregación de la Observancia de Valladolid.

—¿Qué tipo de injerencias? —El novicio arqueó las cejas mostrando perplejidad.

—Han estado desestabilizando el buen funcionamiento del monasterio para provocar su decadencia y expandirse a su costa, absorbiendo cada vez más monasterios. Estos los han llenado de monjes procedentes de provincias castellanas para, de ese modo, avanzar en la castellanización y en la homogeneización del credo y del pensamiento —sentenció el prior Reverter.

—¿Y cómo lo han conseguido? —inquirió el joven con los ojos abiertos de par en par, ávido de respuestas.

—Poco a poco, con paciencia. No es algo de ahora, sino el resultado de una estrategia calculada, planeada y muy bien ejecutada: a través del nombramiento de aba-

des comendatarios, ¡una plaga! —exclamó Reverter chasqueando la lengua—. Un puñado de títeres elegidos arbitrariamente que lo único que han hecho ha sido recaudar impuestos y cobrar las rentas que los campesinos debían a los monasterios. Pero no creas que el dinero se ha quedado en el monasterio, ¡no! —Interrumpió su relato para retomarlo enseguida donde lo había dejado con energía renovada. Se enervaba hablando de estos acontecimientos—. Mucha gente me daría la razón y admitiría que los abades comendatarios han favorecido la decadencia de los cenobios debido a que son cargos externos que recaen sobre personas que nunca, o en muy raras ocasiones, pisan los monasterios y las abadías de los que son responsables. Ahora bien, esa misma gente también defendería con vehemencia que no se puede relacionar de ningún modo esa forma de actuar con una estrategia premeditada desde Valladolid. Frigola luchó para demostrar que tal decadencia se debía a una intervención, y que era la Congregación de Valladolid la que estaba llevándola a cabo. Lo dicho, una estrategia... —concluyó el prior.

—Pero, entonces..., ¿qué ha pasado con los comendatarios y el dinero que han recaudado? —quiso saber el monje, abrumado por toda la información que le acababa de proporcionar el prior Reverter.

—Figúratelo... —Escondió una sonrisa y sopló por la nariz—. ¿Dónde van a estar? Los caminos del Señor son inescrutables ¡y los de la Congregación también! —exclamó levantando los brazos hacia el cielo—. ¿De dónde crees que ha salido una parte de los recursos del

rey Felipe para la guerra? Apropiándose del dinero, conseguían que los monasterios se empobrecieran y se quedaran despoblados, y entonces los rescataban de la miseria económica y espiritual. Nuestro abad se opuso a ello desde que fue elegido por la comunidad para enderezar el rumbo que perversamente había tomado Sant Benet, y a fe mía que luchó hasta el final por revivir nuestro monasterio, como el ave Fénix, desde las cenizas, y llevó a cabo una reforma económica y arquitectónica excepcional. Pero su oposición frontal a los planes de Castilla les ha costado la vida a él y a los otros que han muerto últimamente.

—¿Qué insinuáis? —preguntó el novicio inclinando ligeramente la cabeza hacia la derecha mientras dibujaba con los labios un gesto de preocupación por las palabras gruesas y acusadoras que había pronunciado el prior.

—El abad sabía que tarde o temprano Valladolid se desharía de él. Tal como había hecho con el abad Tormo de Besalú, con el prepósito Vilalba de Sant Cugat, con el padre Bernat Josa de Breda y con los tres miembros principales de la Congregación Claustral, que se pusieron de nuestro lado y aparecieron muertos estos últimos años. ¿Acaso no es sospechoso que, salvo una, a todas esas muertes las hayan precedido los mismos síntomas que tuvo nuestro padre abad antes de fallecer? —Reverter dejó la pregunta en el aire, pues la respuesta era más que evidente.

—No os creo o, más bien, no quiero creerlos —reconoció el joven aprendiz de monje—. ¿Cómo podéis pen-

sar que esas muertes han sido ordenadas por Valladolid? — se apresuró a añadir, aún asombrado por escuchar tales conchabanzas criminales.

—No lo pienso, lo sé —afirmó rotunda y contundentemente el prior Reverter—. *Caecis hoc clarum est*: «¡Hasta un ciego lo vería claro!». Clarísimo, puedes estar seguro. En mi vida he visto algo tan claramente como el complot organizado desde Castilla para erradicar voces disidentes como la de nuestro padre abad, que Dios lo tenga en su santa gloria. —No pudo evitar que la voz le temblara y que se le empañaran los ojos al verlo allí, tumbado ante él, inmóvil. El novicio, en silencio, abría de par en par sus ojos negros, donde podía verse reflejado el miedo—. Fue un ejemplo a seguir para nosotros, nos demostró que rezando y trabajando, sobre todo trabajando, se puede salir adelante... —Y añadió susurrando entre sollozos—: No, no es justo. —Meneaba la cabeza, negando la evidencia, negando la realidad—. Justo cuando el monasterio había renacido de sus cenizas y podía empezar a disfrutar del estatus que gracias a él había adquirido, todo se desmorona —dijo haciendo un gesto con los dedos, como si desmenuzara el tiempo—, todo se desvanece. Todo aquello por lo que habíamos luchado. —Meneaba una y otra vez la cabeza mientras repetía—: ¡No es justo! ¡No es justo! —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras contemplaba el rostro hierático del abad, que yacía muerto en su lecho—. No es justo, un final tan triste para un abad ejemplar, único e irrepetible. Reverendísimo padre, hermano Pere Frigola, descansad en paz.

El canto del gallo anunció el alba. Era un chillido lejano de alegría, un grito agudo y penetrante como el producido por un dolor intenso, un grito de vida que contrastaba poderosamente con la muerte que aún señoreaba en la celda.

*Veintidós años antes  
Monasterio de Sant Benet de Bages, 10 de abril de 1554*

**B**enedicamus domino! —sonó la voz pastosa de fray Cebrià Bonet, el despabilador, el monje que se encargaba de despertar a los demás frailes para asistir al oficio de vigiliass.

Con la nariz ganchuda a juego con unas mejillas redondeadas de color rosado y la barbilla cual promontorio agujereado, fray Cebrià dejaba rastro por ciertas razones: las flatulencias no siempre sonoras, ventosidades que atufaban sigilosamente el ambiente dejando el aire cargado, consistente, pestilente, corrompido. Un aire que tardaba en regenerarse. «¡Estás podrido!», le decía fray Montserrat Planes, el monje que, acostumbrado a oler las hierbas que recogía, tenía el olfato más fino de todos. Era capaz de olerlo de lejos. El despabilador era un auténtico

zullón, lo delataban sus pedos con rastro, expulsiones de gases intestinales que soltaba sin estrépito y que, por tanto, nadie advertía hasta que ya era demasiado tarde y el ambiente se había vuelto irrespirable. Sin embargo, fray Cebrià había asumido una tarea que antiguamente desempeñaban las campanas repicando hasta cien veces. Ahora el despertar de la comunidad iba acompañado de un canto latino y un catálogo de malos olores al que cabía añadir un aliento fétido, resultado de una mezcla de ajo, cebolla y vino. La mezcla, más que incitar a levantarse, era ofensiva y tumbaba a cualquiera. Fray Cebrià no era consciente de ello, porque no interpretaba la mueca que le dedicaban los recién levantados como un gesto desagradable en respuesta al tufo de su boca y al hedor que lo envolvía, sino que creía que era un mohín de mal despertar que todo el mundo hace cuando es arrancado de los brazos de Morfeo.

—*Deo gratias!* —contestó con energía, nada soñoliento, aunque ofendido por el hedor que desprendía aquel aliento tórrido que salía de los dientes podridos de fray Cebrià y por el tufo que despedía el cuerpo del despabilador. Estaba despierto. Los nervios no le habían dejado pegar ojo aquella noche que ya terminaba.

Superados los maitines, Pere Frigola se preparaba ahora para ir a cantar las laudes y asistir a la prima, la oración de antes del alba, del desayuno y de la reunión en la sala capitular. El día empezaría a despuntar con la salida del sol. Aquel amanecer marcaba la resurrección del monasterio: era el día en que sería nombrado abad.

Fray Cebrià acababa de irse, pero su esencia todavía permanecía impregnada en las paredes de la celda cuando, sin dilación, Pere Frigola se levantó. Lo hizo con un nudo en el estómago, no solo por los nervios, sino también por el mal olor. Se lavó la cara echándose un poco de agua gélida del aguamanil; así consiguió recobrase. Luego se vistió. Cogió el hábito, que colgaba de un gancho de la pared, junto al crucifijo que presidía la estancia, y se ciñó la túnica con una correa alrededor de la cintura. Se puso el escapulario, colgando sobre el pecho y la espalda, y por encima, como si fuera un mantel para protegerse del frío del amanecer, se echó la cogulla.

Cuando se calzó las sandalias, movió los cinco dedos del pie, porque notó el frío del cuero helado, y justo después se cubrió la cabeza con la capucha. Lanzó una bocanada de vaho tibio hacia sus manos, entumecidas por el frío, y enseguida se las frotó para entrar en calor; las cruzó por debajo del hábito para conservar la temperatura una vez cerrada la puerta de la celda y se dirigió hacia la iglesia. La tenue luz de las lámparas instaladas en las paredes guiaba al aspirante a la máxima autoridad del monasterio por el pasillo que conducía hacia las escaleras. El latido cada vez más acelerado de su corazón se solapaba con el roce del hábito y el rumor de las suelas de las sandalias, que golpeaban los peldaños de la escalera que moría en el suelo del claustro, hecho de guijarros. En aquel espacio abierto, el aullido del viento y el canto de una lechuza terminaron de completar el mapa de sonidos de un amanecer cuyo aire se respiraba ya distinto en Sant Benet.

Un aire nuevo que estaba a punto de inundar todas las estancias del cenobio. El convento se hallaba sumido en la más absoluta miseria, tanto moral como económica.

Mientras andaba hacia la iglesia, recordaba los hechos que habían precipitado aquella situación. Tenía muy presente el detonante de todo aquello: San Nicolás y la Fiesta del Obispillo... Celebrada por todo lo alto, igual que el día de San Benito, de San Valentín o del Corpus, y con un ritual de lo más original, la tradición del obispillo se festejaba tan solo un par de días antes de la Purísima, el día de San Nicolás, patrón de los niños. La fiesta era motivo de excitación entre los más pequeños de todas las parroquias de alrededor de Sant Benet. El día 6 de diciembre se celebraba una tradición navideña tan antigua que sus raíces se perdían en el tiempo. En la celebración, se elegía a un niño de entre todos los de los pueblos de alrededor del monasterio y lo investían obispo; era el *obispillo*. Este, por un día, ostentaría todo el poder, que ejercería dentro del monasterio, y presidiría todas las liturgias y celebraciones de Sant Benet. Todos los vecinos de la Vall dels Horts asistían a la ceremonia, presidida por el padre abad, quien otorgaba al elegido la representación de la máxima autoridad. Con gran solemnidad, se había sentado bajo el palio. Era un dosel rectangular ornamentado, sujeto por cuatro varas, y servía para dar cobijo a los dos tronos que acompañaban el sitial donde se sentarían las nuevas autoridades. Todo estaba listo delante de la explanada de la iglesia para que el abad impusiera al obispillo los distintivos que luciría durante el resto del

día: una mitra, un pectoral, un anillo y un báculo. Así ataviado, el obispillo presidiría todas las celebraciones junto con los demás niños, vestidos también como si fueran pequeños sacerdotes.

Antes de salir en procesión por las calles de los pueblos vecinos para bendecir a todo el mundo, el obispillo, sentado en su sitial, largaba un sermón a la concurrencia, que lo escuchaba ansiosa. Era una tradición que el pueblo esperaba como el santo advenimiento. Todo el mundo quería oír aquella prédica especial, a menudo colmada de ironías, críticas a la Iglesia y con una visión satírica de la realidad. Un sermón a base de palabras tan feroces que dolían como una pedrada, y por eso se llamaban cantazos. Los que el crío iba a lanzar en aquella ocasión eran una incógnita, como también lo era la autoría del sermón, mantenida en secreto. Las habladurías y los rumores decían que el único capaz de redactarlos era el padre Agustí, el monje que estaba a cargo de la biblioteca. Era una especie de composición que parodiaba los sermones medievales. Después de narrar los acontecimientos de la matanza de Herodes, el texto se alargó comentando los defectos de diferentes grupos sociales, en especial el de los religiosos y el de las mujeres. El obispillo consiguió arrancar las primeras carcajadas y largos aplausos con unas rimas sobre los monjes y los curas, los de cuello torcido, tal como se les llamaba popularmente:

Se muestran buenos y honestos, pero, cuando de dinero se trata, todos te dan la espalda con propósitos funestos.

En los testamentos hacen nuevas rentas cuando mueren los pacientes que cristianamente se confiesan, y fuera de los muros de Sant Benet son finos bergantes de espíritu mundanal, capaces de participar en un buen auto sacramental.

Y a menudo no dudan en poner fin a un buen matrimonio si de ello pueden sacar algún provecho, sobre todo de la dama, poniéndoles los cuernos, ¡y no precisamente los del demonio!

¡Y, a pesar del voto de pobreza y ascetismo de la regla monacal, los veréis probar a menudo el asado de cordeiro y disfrutar en la taberna de un buen griego!

Las carcajadas se elevaban hasta el campanario y se propagaban por la explanada de la iglesia mientras el pequeño obispo hacía una pausa y sonreía. Aunque no comprendía el sentido de lo que estaba leyendo, se crecía al ver que la gente tomaba con agrado sus palabras. Entusiasmado, el obispillo se envalentonaba e inspiraba para el siguiente cantazo.

Esta vez el sermón destacaba la desobediencia de las mujeres, que hacían caso omiso a sus maridos y solo querían divertirse, reír y dormir. Así pues, en un latín macarrónico, advirtió a los hombres de la concurrencia en tono burlón:

*A bove ante, ab asino retro, a muliere undique caveto.*  
«¡Guárdate del buey por delante, del asno por detrás y de la mujer por todos lados!».

Y el público congregado venga a reírse.

La fina ironía seguía reprochando a las mujeres que solamente pensarán en telas, ropas y vestidos que las favorecieran y que, entre otras cosas, cuando se levantaban por la mañana con el rostro lleno de arrugas, supieran cómo usar todo tipo de potingues para aparentar ser más bellas de lo que eran en realidad y mostrarse siempre ufanas. También habló de las monjas, las beatas y las viudas. La frase final del cantazo precisamente iba dedicada a estas últimas, a las que no habían vuelto a casarse, y fue muy celebrada entre la concurrencia cuando la pronunció:

La viuda rica con un ojo lloriquea y con el otro coquetea.

Una vez terminada la original prédica, la celebración tomaba otro cariz. Se servían sopas de leche de almendras y pescado, bacalao, buñuelos de brócoli y de borraja, zorro hervido, arroz con leche de almendras. Los postres que acompañaban el banquete eran tan espléndidos o más: almendras hervidas con vino blanco, almendras tostadas, confitura seca, crema, requesón, orejones cortados, anises, rosquillas, barquillos, tortas de huevo, turrón con trozos de confitura de Génova, manzanas cocidas con vino añejo y chocolate. Los niños se pirrabán por el chocolate, que los excitaba aún más. Parecía que todo les estuviera permitido. Reinaba el jolgorio entre los más pequeños y entre los mayores, quienes, a pesar de tener, en teoría, más juicio, también se alborota-

ban. Los críos corrían de acá para allá por todo el recinto monacal, de la bodega a la iglesia, del establo a la cocina y a las habitaciones...

El obispillo y la procesión de chiquillos que lo seguían corrían y chillaban como alma que lleva el diablo, con los trajes remangados para no tropezar por el claustro. Aquellas carreras infundían un poco de vida al claustro y a los rincones más sombríos del monasterio. Cuando llevaban un buen rato corriendo, el grupo perdió de vista al pequeño obispo.

Torció muy deprisa al llegar a la esquina que daba a la sala capitular, entró, la cruzó como una exhalación y se metió en la biblioteca, donde se escondió detrás de las cortinas. El obispillo estaba cansado, le costaba trabajo respirar, resoplaba y sudaba, incómodo dentro de aquellos ropajes suntuosos y pesados. Se arrimó a la pared para descansar antes de salir corriendo de nuevo con sus compañeros, cuando el muro sobre el que se apoyaba se movió y se desplazó hacia atrás, dando paso a otra estancia. Allí, en silencio, el obispillo fue testigo de los acontecimientos que cambiarían el futuro del monasterio.

Reconoció la figura del abad, que estaba enfrente de él, de espaldas; el mismo abad que lo había investido con los sagrados distintivos y que luego se había retirado a su habitación. El obispillo, escondido entre los pliegues del grueso cortinaje, siguió todos sus movimientos. Le llamó la atención ver que en la mano derecha, que ahora el abad metía en un aguamanil, todavía llevaba el anillo. Aquello le sorprendió, porque el anillo era igual que el

que él llevaba, el que el abad le había impuesto un rato antes.

El abad hundió sus dedos calientes en un cazo donde previamente había echado una sustancia negra, brillante, grasienta y viscosa de un frasco de cristal que había en la mesita de noche. De pie ante la cama, se acariciaba los testículos con la mano derecha mientras con la izquierda sostenía el hábito. Era muy importante que el ungüento quedara bien esparcido por la zona genital. Se lo aplicaba haciendo círculos concéntricos, desde la raíz de los testículos hasta la base del pene. Y lo hacía con ansia. Con solo pensar en los efectos que tendría, se excitaba. Le hervía la sangre, y el endurecimiento y el aumento de volumen de dicho órgano resultaban más que evidentes. Había esperado impaciente el ungüento, que le había encargado a fray Montserrat.

El herbolario había recibido el encargo de preparar una mezcla en un frasco de cristal, siguiendo las instrucciones de un libro que le había ayudado a aliviar muchas de las penas que el cargo conllevaba. Fray Montserrat se sorprendió al ver los ingredientes, pero se limitó a obedecer lo que le habían ordenado. Así pues, cogió un puñado de hormigas negras aladas, se aseguró de que estuvieran vivas, tal como decía la receta, las introdujo en un frasco y añadió un buen chorro de aceite de saúco de buena calidad. Lo sacudió con un rápido movimiento de la muñeca y lo dejó al sol durante medio mes. Transcurrido ese tiempo, lo coló, y el ungüento resultante era el que ahora el abad se estaba frotando en los testículos. Como le go-

teaba por las piernas, aprovechó para untarse hasta las plantas de los pies.

Llamaron a la puerta y soltó el hábito. Mientras empezaba a notar una calentura placentera que le escocía en la entrepierna, se limpió la mano.

— ¡Adelante! — ordenó con la voz temblorosa por la excitación incipiente, que crecía por momentos.

La puerta se abrió y entró una muchacha. Sonrió e hizo una reverencia al abad, que estaba rodeando la cama para recibirla como se merecía, delante de la chimenea que proporcionaba a la estancia un calor que contrastaba con el aire helado que se colaba por la puerta.

— La procesión del obispillo ya ha empezado y he venido a veros, tal como me pedisteis.

— Blanca, tú siempre tan obediente y solícita... — le dijo mientras la acariciaba con la mano izquierda.

La muchacha le cogió suavemente la mano y, sin dejar de mirarlo fijamente, le besó el anillo adornado por una amatista. Mientras acercaba los labios a la piedra, el abad prosiguió:

— ¿Sabes? Dicen que esta piedra preciosa disipa la embriaguez y los vapores del vino, y aleja los malos pensamientos. Y dicen también que, cuando se desmenuza, se tritura y se bebe, vuelve a las mujeres fecundas.

Ella sonrió mientras alargaba el beso envolviendo el anillo con la lengua. El abad sintió el aliento caliente de la muchacha en el dorso de su mano, asintió complacido con la cabeza y la apartó. Luego, con la mano que había

recibido el beso, le desabrochó groseramente el vestido. La suavidad de la piel de la chica facilitó que la ropa se deslizara, sin producir ningún tipo de fricción. Primero se escurrió por los hombros y los brazos; luego se posó un instante sobre los pezones tiosos de sus pechos turgentes.

Un pequeño tirón bastó para que el delicado tejido de lino le resbalara por las caderas y cayera muslos abajo hasta quedar reducido a un rebujo alrededor de los pies de la muchacha. El abad se arrodilló, como si quisiera adorar a aquella diosa que se erigía ante él; sin embargo, su mirada era la de alguien decidido a profanar un templo. Le agarró primero un pie y luego el otro para liberarla del vestido, como si de ataduras se tratara; se levantó y la sujetó por los hombros para darle la vuelta y colocarla mirando hacia la cama.

Él se situó detrás de ella. La muchacha inspiró profundamente y la nariz se le llenó del olor del sudor agri-dulce del abad, y aquello la excitó aún más. Él le rodeó la cintura con las manos. Ella se estremeció, abrió un poco la boca para soltar un gemido y se dejó llevar, porque enseguida notó que las manos del abad le subían por el cuerpo hasta los pechos y se los agarraban bruscamente. La profanación del templo había empezado.

El abad, poseído por el deseo y resoplando de excitación, saboreó con la boca, los labios, los dientes y la lengua el cuello de la muchacha, llenándola de besos, mordiscos y lametazos. Ella notaba en su piel la saliva caliente mezclada con el sudor que le chorreaba por todo

el cuerpo. Soltó un gemido más sostenido cuando notó la presión del miembro contra su culo.

Buscó con la mano hacia atrás con la intención de tocárselo, pero ni siquiera le dio tiempo a rozarlo, porque en ese momento el abad se apartó, le hundió dos dedos en la entrepierna y vio que estaba empapada. Era la señal, el momento de ponerla a cuatro patas, antes de tumbarla en la cama para poseerla.

Interrumpió su ansia para decir:

—Hay un montón de cosas naturales que nos permiten mantener la salud: la comida y la bebida, la vigilia y el sueño, el ejercicio y el descanso, la repleción y la evacuación (también la eyaculación), el aire que nos rodea y las pasiones del alma. Es decir, el enamoramiento conlleva enfermedades, pero el acto sexual, hermana Blanca, es sano —explicó el abad salivando cual comensal ante un gran banquete.

El abad se jactaba de que una revelación directa del Espíritu Santo le había mostrado que el acto carnal no era pecado, y con ese argumento seducía a sus víctimas, a quienes llamaba hermanas. Sirviéndose del poder de su cargo, las obligaba a desnudarse, a hacer cinco genuflexiones en forma de cruz y a recibir azotes. El abad se excitaba cuando veía que, con cada latigazo, los gemidos de la joven hermana aumentaban y la rojez producida por el impacto del látigo sobre la carne turgente y firme se intensificaba. Entonces estaban listas para ser ofrecidas a Dios, pero antes el abad se aseguraba de probar la ofrenda de lo que él llamaba un beso divino, que culminaba

con una penetración que desgarraba a la joven y tierna doncella, quien, más que una sensación de paz, experimentaba un tormento infernal.

Los gritos de placer y de dolor de la muchacha y del abad asustaron al obispillo, que salió chillando de su escondite en dirección a la puerta de la cámara del abad. La divina providencia o la santísima casualidad dispuso que, en el preciso momento en que el obispillo se acercaba a la puerta, esta se abriera de par en par y aparecieran el resto de los niños acompañados por una pequeña representación de los monjes, encabezada por el prior Frigola. Desde que el obispillo había desaparecido, habían estado buscándolo por todos los rincones del monasterio. Al encontrarlo, descubrieron la realidad: el abad mantenía relaciones sexuales dentro del recinto sagrado, una práctica que no se podía tolerar.

Ante la mirada atónita de los monjes, aturcidos por la belleza del cuerpo de Blanca, la muchacha se tapó enseguida con una manta que cubría la cama. El abad, en cambio, se quedó inmóvil, orgulloso de su decrepita figura, de la que todavía sobresalía el miembro enrojecido y escoriado, y lanzó una mirada desafiante e insolente al prior y a los demás monjes de su comunidad. El prior hizo un gesto a uno de los frailes para que se llevara de allí a los chiquillos. No tenían por qué presenciar una escena que comprometía la dignidad de la máxima autoridad del monasterio.

Sin embargo, Pinós no temía las consecuencias de sus actos; se creía inmune: era el abad. Frigola se acercó a

él, lo atravesó con la mirada y, con una frialdad extraordinaria, dijo:

— Reverendísimo padre, siento interrumpiros, pero debéis acompañarme a la sala capitular. — Hizo una pausa—. Tenemos que hablar, ¿no creéis?

El abad Pinós miró a Frigola y a los demás monjes, que estaban alejando a los niños para ahorrarles la escena, y, sorprendiendo a todos los presentes, respondió:

— Querido Frigola..., si se diera el caso, Dios nos libre, de que un monje experimentara la pasión carnal, no sería tan grave ni aberrante. Pues —continuó—, llegado el caso, cabrá ser indulgente y comprensivo con los pecadores, a quienes podré aconsejar con conocimiento de causa —aseguró lanzando una sonrisa llena de malicia—. Sí, es una tentación que se debe evitar. No hay que desear que ocurra antes de que llegue a producirse, pero, si sucede, ¡tampoco es necesario rasgarse las vestiduras! Tendríais que probarlo, padre Frigola —le sugirió el abad Pinós, dedicándole otra sonrisa pernicioso—. ¿O acaso ya lo habéis hecho? —Su sonrisa dejó entrever los dientes afilados y amarillentos del abad.

A Frigola aquello le sentó como si le hubieran clavado un dardo envenenado. No le dolía tanto el pinchazo como la ponzoña que penetraba en él; sus palabras lo desgarraban. Nadie lo notó, porque nadie conocía el pasado del prior, pero el prior Reverter percibió la incomodidad de Frigola y le lanzó una mirada inquisitiva, más por preocupación que con voluntad de interrogar o fiscalizar al que sería su futuro abad. Frigola se mantuvo firme: miró

a su superior y negó ligeramente con la cabeza, dándole a entender que no pasaba nada. Frigola hizo de tripas corazón, apretó los dientes y, como si no hubiera oído nada, inspiró y respondió serenamente:

—Tenía entendido, tal como vos nos instruisteis, que las mujeres eran el vehículo del demonio, que el demonio penetraba en el hombre a través de la mujer, y no que el hombre tuviera que penetrar a la mujer para liberarla del diablo.

El abad Pinós se mantenía firme y desafiante, con actitud altiva.

—¿Sois consciente de que habéis cometido un delito que se castiga con la excomunión? —preguntó Frigola.

—Solo el abad puede hacer efectiva esa pena, y el abad soy yo —espetó Pinós.

—Cierto —reconoció Frigola—, pero cuando la persona que aplica la pena no tiene autoridad moral, debe ser excluida de la vida de la Iglesia. Así lo dispone la regla.

El abad Pinós respiró profundamente. Sabía que Frigola tenía razón. Se sintió derrotado. Recorrió con la vista la habitación que había sido testigo silencioso de sus excesos y se detuvo ante la mirada recriminatoria de los monjes. Entonces bajó la cabeza abatido, pues se dio cuenta de que no podía replicar.

—Padre Pinós, ponédnoslo fácil: reconoced vuestra culpa y aceptad que debéis renunciar al cargo —le sugirió Frigola. Y mientras le ayudaba a vestirse, le recordó—: Tened presente al apóstol cuando dice: este hombre «sea

entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús».

Que el obispillo hubiera sorprendido al anterior abad fornicando con una mujer había sido determinante para que la comunidad decidiera emprender las acciones pertinentes que propiciarían su relevo. No podían consentir sus desórdenes y, puesto que sus excesos habían llegado a oídos del Santo Padre, se determinó que había que buscar urgentemente entre los hermanos un administrador digno de la casa de Dios. Frigola se había puesto al frente de la empresa, pues sabía que, si obraba con buena intención, recibiría una gran recompensa y que si, en cambio, sabiendo lo ocurrido, lo ocultaba, cometería un pecado. La regla de Sant Benet era muy clara y explícita, y los primeros que debían aplicársela a sí mismos eran los propios benedictinos. Según la regla, el primer deber del abad era respetar él mismo las normas de la reforma; el segundo era castigar con firmeza las culpas de los monjes de su comunidad. Ambos deberes eran decisivos para la buena orientación de la vida regular del cenobio. No sería buen maestro y pastor para sus hermanos si no predicaba con el ejemplo. Estos preceptos se habían transgredido y ahora era necesario restituirlos. Pere Frigola tendría que aceptar el reto y entregarse a la causa si quería que, después de tocar fondo, Sant Benet prosperara.

Ahora, a punto de entrar en la iglesia acompañado por los demás hermanos, preparándose para el gran momento, Frigola, bondadoso e ingenioso, tomaba conciencia de que tendría que ser misericordioso, prudente, pre-

visor, considerado, dialogante y discreto; pero también combativo, exigente, recto, estricto y de moral severa, inflexible. Su trabajo sería servir más que mandar, aunque tendría que compaginar ambas tareas. Como padre espiritual y jefe jerárquico de la comunidad, tendría la competencia de nombrar los demás cargos: el de prior, mayordomo, sacristán, maestro de novicios, chantre y bibliotecario, entre otros.

Desde luego, tendría que pedir consejo al padre Benigne, el monje sabio y veterano, el único fraile que quedaba del antiguo consejo del monasterio. Su experiencia le sería de gran ayuda. Benigne era un hombre que inspiraba confianza, y Frigola acudiría a él en busca de consejo y asesoramiento. El nuevo abad no se consideraba a sí mismo un hombre valiente, pero sabía que su coraje le ayudaría a echar una mano a los que lo rodeaban y lo necesitaban. Era consciente de que, a veces, tendría que actuar ciñéndose a las normas, mientras que en otras ocasiones tendría que proceder de un modo menos rígido, saltándose esas mismas normas por el bien de la comunidad, del prójimo y de sus semejantes, aun sabiendo que su decisión podría perjudicar a terceros. Debería asumir las consecuencias. Sabía, y pensaba que así debía ser, que no era tarea fácil ni cómoda. No deseaba la poltrona, pero sí lo que desde ella podría hacer. Le seducía todo lo que podría conseguir desde esa posición, manteniendo siempre los pies sobre la tierra. De ahora en adelante sería el ancla y el referente al que se agarrarían y del que dependerían los demás monjes de la comunidad benedictina.

Era su objetivo, creía que era su destino, y se veía con fuerzas para afrontarlo, con la ayuda de Dios.

Tenía el cuello ancho, los ojos pequeños y los lóbulos de las orejas pegados al nacimiento de la mandíbula prominente. Presentaba un aspecto adusto, áspero, pero, cuando hablaba, su voz aterciopelada y profunda endulzaba esa imagen de persona seca, fría y distante. Era alto y corpulento, con su ancha frente surcada de arrugas, testigo del paso de los años y de las preocupaciones. Pere Frigola tenía unas facciones muy marcadas, y en las mejillas se le dibujaban unos hoyuelos que se podían intuir, incluso debajo de la barba, cuando sonreía. Como ahora mismo, que ofrecía su sonrisa a la primera luz del día. Él confiaba en que esa luz iluminara el camino que debería recorrer sorteando golpes y obstáculos.